

# El Origen

MANUEL ANTONIO BORJA NIÑO

## El Origen

MANUEL ANTONIO BORJA NIÑO

**N**o ha existido una explicación más lejana e inquietante para el ser humano que aquella de conocer su origen que marcha paralela a aquella de encontrar destino. Vivencias y morencias "de la angustia existencial".

Teogonías y cosmogonías se trocaron en fundamento de esta aporía, en el divagar y en la ruptura del pensamiento mítico, el cual se posa con fuerza y arraigo en las intuiciones imprecisas; como aquellas que se detectan en la curiosidad de Eva o su émula griega, Pandora, en ajuste a designios de la divinidad.

Las tentativas de explicación, que parten de supuestos y de artificios lógicos, científicos o acientíficos, caen en el abismo de los abismos el de las causas, hasta encontrar lo incausado, es decir, lo absurdo; ésta, quizá como muchas otras, la referencia flotante. En cuestiones de origen otro parece ser el asunto, una fanfarronada cósmica, tanto como explorar con conocimientos nimios y con aparatos insuficientes, o con capacidades limitadas abordar las más arduas tareas del saber. No hay aproximación, sólo ficción (conjeturas supuestas, hipótesis, posibilidades, interacción de variables, etc). Con mayor precisión no saber: de dónde se viene, a dónde se va y en consecuencia dónde se está? Con otros enfoques se podría reconducir el pensamiento al indefinido referencial: Se viene de ninguna parte, no hay destino alguno y por consiguiente no se está en parte alguna; el llegar a está conformidad produce la extraña adquisición de sosiego. Cualquier cosa, cualquier mundo, cualquier referencia es una perturbación, un choque, una inquietud, en fin una tortura. Habrá que conducirse a un nirvana, integrarse a la unidad, fundirse en el todo o en la nada, indiferenciarse; un núcleo de sensibilidad individualizante



será un factor de angustia y ansiedad; aquellas que se provocan de la diferencia, de la separación, de existir.

Así las formas existenciales del pensamiento filosófico, para aceptarlo o enfrentarlo, hicieron de aquel sentir depresivo, aniquilante, el núcleo central de la especulación filosófica, creían encontrar ningún camino, porque la filosofía no da caminos, sólo, como un Quijote con sus propias fantasías enfrenta otras fantasías.

Las propuestas de los científicos que manipulan, instrumentan y relacionan las cosas, jamás podrán extraer de las cosas, más que cosas; pero la inquietud implicada, "reduccionista", también deshace su artificio y la "cosa" desaparece. La fórmula einsteniana deshizo la materia, varió la sustancia, desapareció la forma, perdió la referencia; la fábula de viajar en un rayo de luz deshizo el tiempo, desbarató la secuencia; y, si se recapitula lo expuesto, sin situación ni secuencia, no hay modos ni circunstancias y tal vez tampoco existencias. Si se busca origen o destino la fórmula podría conducir a la expresión: "fantaseo luego desvanezco"; esa es la muerte de Narciso, su belleza son sus referencias, que no obstante desvanecen. Qué cruel es Apolo para tratar a quien asume sus referencias con desdén. Es preciso por razones de origen, amar a las ninfas, quizá copular con ellas, en últimas integrarse para tornar al origen y en ese eterno retorno encontrar el destino.

\* \* \*

Concebir lo existente como una partenogénesis de la Madre de Todas las Cosas; cópulas del Caos, de la Gran Oscuridad, del Verbo, de la Gran Serpiente y del Viento del Norte, son fantasías; pero como siempre, asumir esas fantasías se ha trocado para la humanidad, por falta de descripciones y explicaciones, en razón de vida o muerte; y si se hacen balances, cientos de millones de hombres se han inmolado en el culto y el altar edificados a la deificación de las creencias. Mitos como el de Adán y, en la versión griega, de Prometeo, tienen que implicar, para abocar con lógica y coherencia racional, la inversión que propone Jenofanes, acerca de que el hombre para buscar origen inventa dioses a su imagen y semejanza; así la proverbial sabiduría llevaría a investigarlos, según aquella expresión de que "los dioses se conocen por su historia".

La historia de los dioses de la cultura griega es la ansiedad implicada en la búsqueda de origen y tal vez por eso, de destino; los dioses también dependen

de la MOIRA (la Necesidad), al intuir que se pueda desintegrar el CAOS para tornarlo en el COSMOS.

Las averiguaciones deben ser asumidas por un investigador que explore los motivos y razones que conducen a las conductas y los actos deicidas. Zeus mata a Cronos y éste a Urano y uno de los hijos de Zeus lo matará asimismo; pero Zeus se traga a su esposa Metis.

La historia de los dioses se plasma en la narración continua de parricidios y uxoricidios de las divinidades. La idea latente en la explicación, solo conlleva al seguimiento de una secuencia de vida y muerte, en la cual las viejas generaciones de dioses deben ser destruidas por las más recientes. De la muerte no se liberan ni los astutos como Sísifo, quien castigado en el Tartaro debe reproducir eternamente ese ciclo.

\* \* \*

Es asunto que debe escrutarse, el hecho de la individualización de lo vital, que es efímero; cada programa de vida es un fugaz relámpago de orden; pero en un universo de energía actuante con coberturas "poblacionales", lo esporádico implica unas replicas e iteraciones de mayor frecuencia en ordenamientos vitales, cuya frágil fugacidad se traduce para la visión del pensamiento mítico, en la propuesta del "genocidio" de los dioses por ellos mismos, en el campo de influjo de unas creencias.

Los hombres no se percatan de la causa de un deicidio permanente, quizá porque no detienen su inspección atenta en la permanencia, la mutación y el paulatino desaparecimiento de sus propias creencias, como aquel pordiosero a cual alude Nietzsche en "así hablaba Zaratustra", estos hombres están dentro de ese "posible": "no saben que Dios ha muerto". Quienes deambulan como transeúntes del Erebo, no pueden partir al Eliseo porque su campo está aún en el Leteo o ya fueron juzgados y ubicados en el Tartaro, por tanto se encuentran lejos de los dioses y desconocen su historia.

Han asumido los seres humanos, al perder la conexión de una continuidad cultural, un lenguaje asignificante, por ello, no pueden interpretar adecuadamente las predicciones del oráculo ni los vaticinios de los profetas, en los cuales están implicados, por comunicación divina, el pasado como origen y el porvenir como destino. Al desconocer el tejido de Cloto, mal pueden establecer la labor de Laquesis y menos aún las realizaciones de Atropos. El oráculo y los profetas



son los intermediarios y traductores de los dioses (cuestión de poder), sin embargo, quien recién sale de la caverna no está adaptado para la iluminación, así los iniciales y cabalísticos mensajes de los traductores (oráculo y profetas) deben ser retraducidos. La fuente de mensajes divinos resulta ambigua y difusa, se hunde criptográficamente en los "signos", y éstos constituyen la expresión de la divinidad. Vistas así las cosas, ante la ambigüedad cultural moderna, los hombres primitivos fueron más coherentes que los modernos para explorar el origen de los dioses, encontraron la deidad: en la tierra, en el cielo, en la luna y en el sol, es decir en contextos muy amplios de energías equilibradas en sistemas y programas.

El Zaratustra moderno, al asumir las cuestiones del nuevo saber debe analizar los asuntos de homeostasis en la tierra, para encontrar "signos" de formas vitales de complejidad superior, con el germen de nacimiento para incubar para una nueva generación de dioses; con la diferencia de que no deben aparecer conformados "a la imagen y semejanza" del hombre, sino en otras manifestaciones, del "eon" que funde lo grande y lo pequeño, que empáticamente correlaciona puntos de un gradiente en el universo, donde discurren, no sistemas eternos, pero si complejidades autosuficientes de una fuerza y durabilidad de proporciones inimaginables.

Es interesante realizar faenas imaginativas y a través del discurrir intelectual reexaminar aquel panteísmo de Spinoza, para actuar como "cazafantasmas" y espiar las manifestaciones de los nuevos dioses; que, como los otros, no descubren la flauta, el vino, o el alfabeto, sino que le dan a los humanos el ADN, el computador, el televisor, el laser, los neutrinos y en muchos campos del saber delimitan nuevos conocimientos. Estas nuevas dádivas de los espíritus dan lugar a reformular las creencias, así nuevos dioses matarán a los antiguos; el teicidio continua, pero el origen sigue en la incertidumbre, y el destino habrá que encontrarlo en una remota Galaxia, sin que aquello que se encuentre sea la meta última de los navegantes del espacio.

Al mezclar la abundancia y la miseria se da origen al amor, en el acomodo preciso de dar y recibir (Poros, Penia y Eros); así como ésta hay otras fábulas, pero todas, aunque aproximativas y coherentes, son insuficientes para explicar e intuir la idea de armonía, que parece desbordar lo existente, como una aspiración suprema, si unas posibilidades excéntricas dan camino a lo inarmónico; y la razón, en busca de referentes, intuye el nacimiento de los dioses cuando

detecta la necesidad a suplir o la manera de suplirla, cuya concepción más elaborada puede ser el Ying y el Yang de las mitologías orientales.

En la mitología de la cultura griega cada relación preconcebida es el nacimiento de un Dios y éstos se mezclan en la descripción de los fenómenos y en la determinación de su origen, pero éste se torna en una descripción descontextualizada; porque si se pudieran captar e involucrar todos los factores que componen un suceso, quizá sí se lograría la visión del comienzo, que para el conocimiento es una de las múltiples abducciones que conducen el razonamiento; sin poder llegar más allá de la cábala. El mundo de la ciencia y la cultura es quizá el escenario para adiestrar los adivinadores del mundo moderno, es decir, el oráculo de los nuevos dioses.

\* \* \*

Con ironía, varios pensadores dicen que la ciencia es el dios de este tiempo quizá porque subsiste en el examen de la labor del científico, la idea del mago que controla las fuerzas naturales. Ni siquiera el más elaborado pensamiento teórico deja de tener algo de magia y visión míticas.

Siempre que se explora el origen emerge la comprensión que correlaciona circunstancias y condiciones necesarias para que un hecho se dé, y esta investigación o adivinación no tiene otro apoyo que el normal ocurrir de los fenómenos, pero la normalidad es sincrética; para asir a plenitud un suceso se requiere la plenitud del saber, y lo normal en el conocimiento es que éste sea fragmentario, como se ha sugerido en otros apartes anteriores; así que para conducirse hacia el origen se requiere la plenitud del saber y de la sabiduría, ese summum, conduce a una abstracción mítica, la omnisapiencia; como en la bellísima alegoría de Aristóteles, según la cual el alma humana son todas las cosas.

Tal vez, sin exagerar, el saber humano se pueda almacenar, y tal vez se pueda utilizar la red que lo difunda, pero para poder usarlo se necesitan otros saberes y una disponibilidad de vida activa que permita enlazarlo y relacionarlo. No es por tanto la comunicación humana la que se refundió en la Torre de Babel, fueron también las exploraciones cognoscitivas.

La expresión de que Dios hizo al mundo para que fuera descifrable con el lenguaje matemático, implica que este lenguaje sea único, que los conceptos sean únicos y que la visión de lo matemático sea como la regla de Lesbos adaptable y flexible para medir todo lo existente.



\* \* \*

Bajo otra férula del análisis, los problemas de exploración del origen se tornan en formas de medida, en las cuales los referentes son más complejos y móviles; salvo que, como el humano dios Proteo, alguien pudiera adherir a todas las cosas sin interferir su identidad; la cual, por paradójica, solo puede ser de "programa", ya que éste es el que mantiene el "id - ontos"; así, de alguna manera, resucitan las ideas platónicas.

El origen implica abarcar investigativa y conexionalmente todos los referentes, y el mito asumió intuitivamente muchos de ellos, pero dejó envuelta en esa "poesis" la alegoría de muchas relaciones subyacentes. Tras la imagen, el hombre fue en busca de su propia figura, anduvo tras sus huellas; buscó en el cielo, en el mar, en el aire, en la tierra, en el fuego, en los mundos subterráneos, en lo invencible de las fuerzas naturales; exploró el tiempo transcurso, el tiempo destrucción y el tiempo determinación; fue tras sus ascendencias totémicas, encarnó y reencarnó espíritus; buscó la razón y con ella enfrentó las fuerzas actuantes en la naturaleza; se desconcertó ante lo inexplicable y procuró explicación; encontró variadas relaciones pero se extravió en el mar y en el bosque; trató de encontrar nuevos referentes; anduvo en el país de los enanos, de los gigantes, los inmortales, en el país de las maravillas; buscó en el espejo, en el microcosmos y en el macrocosmos. Su imaginación convertida en el dios Proteo le creó un abismo a su capacidad imaginativa, el de las apariencias. Divorciado de la realidad el hombre sigue un mundo "virtual", en todas partes están las "Sirenas" lanzándolo contra las rocas, y no aparece la cera de la hechicera Circe; quién por otro lado, como la moral manipula a través de los sentidos o de su condena instintos y pasiones. En fin, entre tantas relaciones, como Psiquis, no encuentra por curioso y desconfiado el conocimiento pleno y total, y depende de los demás, de aquellos que sin saber de todo, saben de algo.

Si no puede salir del laberinto de qué le sirve matar el Minotauro, hijo de su propio bestialismo; quizá requiera el hilo de Ariadna (lo histórico), algo práctico que lo ligue a su proximidad, puesto que de tanto buscar origen, sin vía ni destino, el hombre se convirtió en un alienado que ha perdido su identidad, se extravió en la búsqueda de sus linderos, los cuales se encuentran en el universo.